

# La literatura colonial española a principios del siglo XX

## Spanish Colonial Literature at the Beginning of the 20<sup>th</sup> Century

Iñaki Tofiño

Universitat Autònoma de Barcelona  
ignaciotq@yahoo.com

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-3031-728X>

### RESUMEN

El artículo repasa la reflexión teórica sobre el concepto de «literatura colonial» en España a principios del siglo XX y la compara con los textos de escritores coloniales franceses. Asimismo, presenta la figura de José de Gardoqui, militar africanista y literato, probablemente el único teórico español sobre literatura colonial, y expone las dificultades de presentar una definición que englobe la literatura colonial dedicada a Marruecos y a Guinea, realidades muy distintas.

**Palabras Clave:** literatura colonial española; literatura colonial francesa; José de Gardoqui; Guinea española.

### ABSTRACT

The article reviews the theoretical reflection on the concept of “colonial literatura” in Spain in the early twentieth century and compares it to the texts of French colonial writers. It also introduces the figure of José de Gardoqui, Africanist soldier and writer, probably the only Spanish theorist on colonial literature, and exposes the difficulties of presenting a definition that encompasses colonial literature dedicated to Morocco and Guinea, very different realities.

**Key words:** Spanish colonial literature; French colonial literature; José de Gardoqui; Spanish Guinea.

### INTRODUCCIÓN

El 22 de julio de 1901 el periodista vasco Ricardo Becerro de Bengoa publicaba un artículo en *La ilustración española y americana* en que se pre-

guntaba sobre los «futuros centros hipotéticos de la producción literaria europea y planteaba «la traslación fatal y definitiva de la capitalidad de las letras, de la hegemonía literaria de la vieja Europa, a los países nuevos». Su razonamiento, basado en criterios cuantitativos, comparaba la población de las metrópolis con la de las colonias o excolonias (así, por ejemplo, indicaba que «Portugal, dicen, con sus 5 millones de habitantes, no puede competir con los 11 millones que hablan portugués en su antigua colonia») y aseguraba que «el cetro de la dirección de las letras pasará tarde o temprano a manos del Brasil».

Otro tanto iba a ocurrir, según Becerro, con los «anglosajones americanos», cuya «literatura propia rivaliza con la inglesa y es más conocida cada día»; con los dominios de la Gran Bretaña (Australia, Nueva Zelanda o Sudáfrica), donde «florece con potente vigor, en competencia con la metrópoli, la literatura colonial, sea cual sea el desdén con que los metropolitanos la traten»; con la literatura angloindia, que contaba «con centenares de miles de lectores»; con la literatura de los bóeres holandeses, a quienes «será imposible aniquilar en la infame guerra de conquista y exterminio que prepararon los ingleses» porque eran la mayoría de la población blanca de la región; con la literatura de Java o Borneo en holandés o con la «novela siberiana», que «ni en el estilo ni en el género se parece a la novela rusa de Occidente». Alemanes y daneses, en cambio, «como no tienen más allá de los mares ni colonias suyas ya formadas, ni elementos de trabajo y de propaganda literaria, no es posible que constituyan centros de expansión exótica, como los que, arraigados en grandes grupos coloniales, ya relativamente viejos, han constituido aparte de la madre patria».

Aunque no lo indicara de forma expresa, su idea de «literatura colonial» era la vigente a principios del siglo XX: literatura producida por colonos blancos en las colonias. Brasileños, estadounidenses, angloindios, australianos, bóeres o neerlandeses índicos parecían llamados a ejercer una profunda influencia sobre la producción y el comercio literarios mundiales y efectivamente así ha sido, aunque no exactamente como predijera Becerra. Aunque poca gente lea hoy a la sudafricana Olivia Schreiner o al holandés Multatuli, a los que cita, sus obras se han convertido en clásicos de la literatura, no solo colonial sino anticolonial. Por otro lado, el Brasil, los Estados Unidos, Suráfrica o la India son ciertamente centros literarios que han ejercido una gran influencia en la literatura europea, aunque a don Ricardo nunca se le hubiera pasado por la cabeza que desde allí llegarían obras escritas en lenguas europeas no solo por colonos blancos sino por autores nativos, por autores postcoloniales.

Donde no estuvo tan acertado el periodista fue en su análisis de las literaturas coloniales francesa y española. Ahí su razonamiento abandona el criterio cuantitativo y se transforma en cualitativo. El caso de Francia lo zanja con un «de Francia no hay que hablar». Supone que nadie puede imaginar que «la energía y actividad literaria de París pueda ser sustituida por la de ninguna capital de las posesiones y colonias francesas». Aunque en el futuro las capitales literarias del mundo se encuentren fuera de Europa, «París conservará esa

envidiable y bien ganada hegemonía que ejerce». Obvia, por tanto, a los autores coloniales argelinos y ni siquiera puede imaginar que algún día se escribirían en francés obras en el África subsahariana.

En el caso de España, aunque no niega el progreso de las letras hispano-americanas, al que califica de «bastante limitado», considera que el progreso peninsular es mayor cada día y que los americanos «han hecho constantes imitaciones de todas las manifestaciones de la vida intelectual española», de manera que «fallan por completo la hipótesis y la profecía» que analiza. Por supuesto, ni le pasa por la cabeza que Hispanoamérica pudiera convertirse en el foco literario en el siglo XX ni que de las colonias africanas españolas pudiera surgir literatura alguna.

Este texto, aunque desencaminado en muchos aspectos, tiene la virtud de poner sobre la mesa la problemática de las literaturas coloniales a principios del siglo XX, su relación con el exotismo colonial y su posible influencia sobre las literaturas metropolitanas europeas. En muchos casos el tema quedará sepultado en el olvido, simplemente porque los diferentes autores irán escribiendo desde Europa o desde las colonias, con mayor o menor intención exótica, sin plantearse demasiado cómo definir su literatura o dónde catalogarla. Curiosamente, va a ser en Francia donde se desarrolle en mayor grado la reflexión sobre la existencia o no de una literatura colonial, sus límites y su relación con el exotismo.

#### LA REFLEXIÓN SOBRE LA NOVELA COLONIAL EN FRANCIA

Efectivamente, durante el primer cuarto del siglo XX aparecen multitud de artículos o libros que analizan la novela colonial. Los primeros en prestarle atención al tema fueron los primos reunioneses Marius-Ary Leblond, seudónimo de Georges Athénas (Marius Leblond) y Aimé Merlot (Ary Leblond), que conjuntamente escribieron sobre Francia, el África francesa, los criollos y la literatura colonial francesa. De hecho, su novela *En France*, por la que obtuvieron el premio Goncourt en 1909, es la historia de un estudiante de La Reunión que llega a París y sus dificultades para adaptarse a la vida metropolitana.

En multitud de ocasiones su trabajo tenía una evidente finalidad política y propagandística, como lo demuestra su antología *L'Alsace et la Lorraine, glorifiées par nos écrivains et nos artistes*, publicada tras la I Guerra Mundial, que se inicia con una declaración de intenciones que no da lugar a ninguna duda sobre la opinión de los autores:

L'Alsace et la Lorraine sont les deux provinces de la France que nous devons le mieux connaître parce qu'elles ont le plus souffert, le plus lutté en persévérant à maintenir en soi le génie national [...] Les morceaux recueillis ici sont dus à des écrivains la plupart illustres, tous très appréciés, qui sont originaires des plus

diverses parties de la France: cela prouve que, jusqu'aux colonies, la nation entière n'a cessé de penser avec un énergique amour à ses deux plus chères provinces (Leblond y Charpentier s.d., 5).

Antes de la guerra ya habían publicado una *Anthologie coloniale, morceaux choisis des écrivains français* que llevaba por subtítulo *Pour faire aimer nos colonies* y que también venía precedida de un prólogo en el que afirmaban: «Nous avons tenu à révéler l'importance prédominante de l'exotisme dans notre littérature, dont il n'est point seulement un ornement, mais le grand courant vivificateur, pareil au *gulf stream* qui vient des mers équatoriales baigner nos côtes» (Leblond s.d., 230-231).

En esta antología (reeditada varias veces), indican que el exotismo es el eje de la literatura colonial, algo que autores posteriores como Mille o Cario y Régismanset, que les citan con abundancia, no comparten. De hecho, para Cario y Régismanset, este «humanismo generoso e inteligente» de los primos reunioneses constituye su punto débil, aunque, sin embargo, les atribuyan el haber encontrado la verdadera fórmula de la novela colonial: «Celle qui, unissant la sensibilité aiguë et le charme poétique de l'ancien exotisme à la précision documentaire du roman moderne, doit obtenir, à la fois, le suffrage des artistes et l'attention des savants» (Cario y Régismanset 1911, 230).

El escritor y periodista Pierre Mille, a quien muchos consideraban como el Kipling francés por la multitud de obras coloniales que escribió (Schlick 1997), aunque no le dedicó ningún trabajo completo al tema, se despachó a gusto en agosto del 1909 al responder a un colega de la *Dépêche coloniale* que le preguntaba por su opinión sobre la literatura colonial francesa desde 1870. Sin ningún reparo, lanzó su diatriba:

Je professe une opinion scandaleuse. C'est qu'il est impossible de répondre parce que la littérature coloniale française *n'existe pas* (cursiva del autor) [...] Une œuvre de littérature coloniale, selon moi, serait celle qui eût été produite dans un pays où les Européens sont transplantés depuis un certain temps, par un de ces Européens qui y serait né, ou tout au moins y aurait vécu les seules années où l'on possède une sensibilité, où on pénètre dans leur essence la nature et les hommes: je veux dire celles de l'adolescence et de la première jeunesse [...] Et voilà pourquoi il y a vraiment une littérature coloniale anglaise: Kipling était un Anglo-Indien. [...] Mais notre littérature coloniale à nous ! Elle est, du moins pour ses meilleurs ouvrages, l'œuvre de Français de la métropole ! Ce n'est pas de la littérature coloniale, c'est de la littérature de tourisme colonial (Mille 1909).

Después llegará Louis Cario, un militar que en 1911 publicó junto con Charles Régismanset, funcionario del ministerio de Colonias y director la Agencia general de colonias (1924-1925), un ensayo titulado *L'Exotisme. La littérature coloniale*, donde se repasaban los textos exóticos desde la Antigüedad hasta sus días, se criticaba la sensibilidad morbosa de Bernardin de Saint-Pierre o el exotismo convencional de Chateaubriand, considerado propio del

siglo XIX, y se saludaba la publicación de *Les Immémoriaux* de Max Anély (seudónimo de Victor Segalen) como ejemplo de un nuevo exotismo, menos artificial y más vigoroso (Cario y Régismanset 1911, 285). De hecho, Segalen y su obra inacabada *Essai sur l'exotisme* serán considerados a partir de entonces hasta nuestros días una autoridad sobre la percepción de lo diverso, sobre el acceso al Otro.

Los Leblond escribirán de nuevo sobre novela colonial en *Après l'exotisme de Loti, le roman colonial* (1926) y, tras la I Guerra Mundial, Eugène Pujarniscle, profesor destinado a Indochina, región a la que dedicó gran parte de su obra, publicará *Philoxène ou de la littérature coloniale* en 1931. Otro tanto hará Roland Lebel con su *Histoire de la littérature coloniale en France*. La discusión sigue viva hasta la II Guerra Mundial, momento en que los acontecimientos políticos y sociales en la metrópoli y en las colonias hacen que pierda actualidad y que los intelectuales se dediquen a otros menesteres.

#### LA VISIÓN DE LA LITERATURA COLONIAL DESDE ESPAÑA: JOSÉ DE GARDOQUI

Y, mientras tanto, ¿qué estaba ocurriendo en España? En el ámbito de las letras hispanas se había usado el término «literatura colonial» para hablar de la obra producida en Latinoamérica durante el periodo que iba desde la conquista española hasta las independencias del siglo XIX. Aunque haya habido quien utilice también el adjetivo «virreinal», en general no hay discusión: hay una literatura precolombina, una literatura colonial y diversas literaturas nacionales posteriores a las independencias, que en aquel momento muchos tildaban de «regionales» y que hoy podríamos denominar postcoloniales y analizarlas desde esa perspectiva (Kohut 2004); aunque algún autor concreto, como Juan Ruiz de Alarcón, pudiera generar dudas a la hora de establecer a qué literatura pertenecía: ¿la colonial hispanoamericana (específicamente, la de la Nueva España) o la peninsular? La cuestión es interesante porque prueba, una vez más, cuán difícil es limitar la producción colonial: según los criterios que usen —el origen geográfico del autor, la temática o la filiación cultural de su obra—, los textos pueden ser adscritos a distintos procesos literarios (Oviedo 1995, 209-210).

Sea como fuere, tras las independencias americanas y la guerra de Cuba, los sectores africanistas empiezan a fijarse en Marruecos y en los territorios españoles del golfo de Guinea, a los que se aferran como el último bastión del perdido imperio. La mayor parte de los escritores e intelectuales sensibilizados con el tema desarrollaron una importante labor de difusión, principalmente en forma de conferencias, discursos, participación en congresos, asambleas, actividades de las sociedades geográficas, mítines, etc., pero, en cambio, prácticamente no dejaron constancia de su pensamiento en una obra bibliográfica de cierta importancia, a excepción de José de Gardoqui.

Las colonias africanas planteaban la necesidad de una nueva definición del término «literatura colonial» y a ello se dedicó José de Gardoqui, militar africano, abogado y escritor. Su formación en la Escuela superior de guerra, dedicada a preparar a los oficiales que debían ejercer funciones de planificación e inteligencia militar, le llevó a reflexionar con una cierta profundidad sobre el papel de la literatura en el ámbito de la expansión colonial. Fue, además, un personaje importante entre las derechas de la II República, con multitud de contactos (su nombre aparece a menudo en los ecos de sociedad de los periódicos), miembro del Partido Republicano Radical, fundado por Alejandro Lerroux en 1908, y llegó a ser secretario general de la Unión nacional de abogados, gobernador civil de Córdoba, director general de seguridad y delegado del estado en la compañía Transatlántica. Detenido por una brigada de milicianos en Madrid a principios de la guerra civil, fue ejecutado durante las matanzas de presos que tuvieron lugar en Paracuellos del Jarama entre noviembre y diciembre de 1936.

En 1922 había publicado en Burgos *La espada rota. Impresiones de campaña. Marruecos 1921-1922* bajo el seudónimo X.Y., pero su primera reflexión sobre el papel de la literatura colonial será una conferencia del 3 de mayo de 1924 pronunciada en el Centro del ejército y la armada de Madrid, que llevaba por título *La literatura, factor necesario para el triunfo en las guerras modernas*. En la reseña del acto que publicó el *ABC* al día siguiente, el anónimo periodista resume bien el contenido de la misma, que se publicaría en forma de libro ese mismo año:

Demostró el conferenciante, al hablar de la literatura y la guerra, que no existe nada contradictorio entre ambos conceptos, e hizo un pequeño resumen de la literatura durante la guerra europea, citando varios de los libros publicados, y tratando también de la importancia de la literatura como factor moral en las naciones contendientes, diciendo que la literatura es un elemento psicológico importante para observar cosas morales, y que se utilizó como información en el país propio, llamando a las filas a los más ilustres autores de Francia, como Prevost, Madeleine y Bordeaux y otros. Trata después de la propaganda literaria en el país enemigo y neutral por medio de la novela y del teatro, y por último se lamenta de la falta de literatura colonial que existe en España, diciendo que es necesario ir formando una opinión para evitar las propagandas contrarias en Marruecos (Gardoqui 1924).

Efectivamente, en la introducción Gardoqui afirma que pretende «unir dos conceptos al parecer contradictorios; hermanar la guerra, toda estruendo y dolor, con la literatura, trabajo reposado y pacífico» (Gardoqui 1924, 3). La primera parte, titulada «La literatura y la guerra», repasa la literatura épica, las epopeyas europeas desde la Antigüedad, e incluye curiosidades como la referencia a la poesía serbia en loor de Lazzaro Brehanovic [Lazar Hrebeljanović] tras la batalla de Kosovo de 1389 o la poesía de lord Byron ensalzando la lucha de los griegos

por la independencia. Para Gardoqui, la literatura, la leyenda heroica, es una herramienta de primer orden, pues «llega al alma de los pueblos con rapidez vertiginosa, impresionándola de modo imperecedero» (Gardoqui 1924, 14).

La segunda parte del texto la dedica a «la fuerza moral» y a su necesidad en las guerras modernas. Su reflexión, basada, según indica, en un texto sobre el tema del ministerio de la guerra francés<sup>1</sup>, distingue entre fuerzas materiales de las naciones (armas, efectivos, terreno, fortalezas, etc.) y fuerzas intelectuales (preparación, organización, mando, instrucción, habilidad para la maniobra, dirección acertada de las operaciones, etc.) y llega a la conclusión de que «la victoria consiste menos en la destrucción material de las fuerzas del contrario que en la destrucción moral de este» (Gardoqui 1924, 19). Considera, pues, que, en el caso español, «parte no escasa tiene en nuestros fracasos marroquíes esa falta de preparación espiritual de la nación» y afirma que «dos son las misiones de la literatura en casos semejantes: por un lado, debilitar o destruir, en el país o países enemigos, la moral del adversario; por otro, mantener en el país propio en tensión favorable el espíritu de la nación entera» (Gardoqui 1924, 22-23).

En la tercera parte, titulada «La información», repasa el papel de la literatura y la prensa durante la I Guerra Mundial en Francia, Alemania o Italia. En la cuarta parte, «La propaganda», explica el papel de la inteligencia británica y la americana en la denominada *paper war*: el control y la difusión de informaciones patrióticas en el propio país y del derrotismo en territorio enemigo. Finalmente, un resumen-conclusión plantea «enseñanzas para el porvenir», donde indica que

como permanecemos como nunca aislados, sobre nuestra Patria corren las más absurdas leyendas. Se impone, pues, una activa propaganda española que nos dé a conocer en el mundo y para ello son precisos centros que, al mismo tiempo que orienten a nuestra decaída y casi agonizante opinión, defiendan por todos los medios nuestros ideales, especialmente cuantos se refieren a las naciones americanas, hijas de nuestra raza (Gardoqui 1924, 50).

Sobre la literatura colonial española respecto a Marruecos, se queja de que «nadie se preocupó de orientar a la opinión por medio de una bien dirigida propaganda colonialista», de manera que, en lugar de cuidar ese género como hicieron en Francia, «dando a conocer países y costumbres al pueblo para que, interesándose por ellos, aprenda a amarlos después», se creó «una literatura partidista a favor o en contra de los principales actores del drama». Para Gardoqui, «solo la literatura puede proporcionar a la propaganda la fuerza necesaria que para convencer precisa» (Gardoqui 1924, 51).

Su siguiente texto, *Literatura colonial*, es también fruto de una conferencia, en este caso la pronunciada en el teatro Principal de Burgos a iniciativa del

<sup>1</sup> Debe tratarse del tomo segundo del *Cours de tactique*, publicado en 1922.

ateneo de la ciudad el 14 de noviembre de 1925. Encontramos aquí una reflexión más literaria, menos especializada, probablemente porque iba dirigida a un público generalista y no a sus compañeros de armas. En su texto, Gardoqui afirma que «podemos llamar literatura colonial al conjunto de producciones literarias que se refieren a la historia y desarrollo de las empresas coloniales» (Gardoqui 1925, 27). Después hace un pequeño resumen de las obras de literatura colonial a través de la historia de la colonización, citando a los historiadores romanos que «legaron a la posteridad el recuerdo de sus hechos coloniales», a la *Chronica de los muy altos y esclarecidos Reyes Catholicos Don Fernando y Doña Isabel* de Fernando de Pulgar (a quien él llama Hernández del Pulgar) y a «los historiadores de Indias que fijan de modo permanente los valerosos hechos de los conquistadores» (Gardoqui 1925, 41).

Para Gardoqui, la literatura colonial atraviesa una serie de fases o periodos que resume de la siguiente manera:

En el primero el pueblo colonizador comienza por hacer historia detallada de la conquista militar. Esta parte, en contacto con la historia y la literatura militar, es esencialmente épica. Una vez conquistado el país, la literatura colonial adquiere un carácter didáctico. Comienzan así los estudios sobre las colonias, las descripciones del país, el estudio científico del mismo, de sus leyes y costumbres, de su religión, de su lengua. [...] El interés creciente por la empresa colonial produce el amor hacia ella y a cuanto a la misma se refiere. [...] No sólo en los conocimientos científicos ha de basarse el mutuo amor entre la metrópoli y sus colonias. Al alma de las muchedumbres puede llegar el interés hacia aquellas por medio de narraciones sencillas de viajes, por novelescos retratos, por el cultivo de lo pintoresco y de lo exótico (Gardoqui 1925, 49-50).

Su concepción de la literatura colonial es parecida a la de los Leblond: tiene que ser una herramienta patriótica que dé a conocer las empresas coloniales al público metropolitano y fomente el amor por las colonias y la necesidad de defenderlas. En el último capítulo repite su tesis de 1924: no se había sabido aprovechar el poderoso medio que suponía la literatura colonial y «los fracasos españoles obedecen en gran parte a dicha causa» (Gardoqui 1925, 55). Las contiendas militares en el norte de África de finales del siglo XIX y principios del XX eran vistas por la población como una verdadera sangría, un malestar que llegó al clímax en julio de 1909 cuando el gobierno de Antonio Maura decidió enviar tropas de reserva a las posesiones españolas en Marruecos. Muchos de esos reservistas eran padres de familia de clase obrera que no tenían el menor interés en ir a morir a África, de manera que los sindicatos convocaron una huelga general. Se desencadenó entonces la Setmana Tràgica, que implicó graves disturbios en Barcelona, la quema de multitud de conventos y edificios religiosos y la intervención del ejército. Finalmente, el asunto se zanjó con la caída del gobierno Maura y con el fusilamiento de Francesc Ferrer



i Guàrdia, pedagogo anarquista y librepensador, falsamente acusado de haber instigado la rebelión.

Para Gardoqui, «si la orientación hubiese sido otra, tal vez el aspecto del problema hubiera cambiado»: «El país vuelto de espaldas al problema [las colonias de África] y desinteresado por completo del mismo, despertó pronto ante los primeros fracasos. [...] no basta con hablar del testamento de Isabel la Católica para que el pueblo dé sin tasa la sangre de sus hijos y el dinero de sus arcas» (Gardoqui 1925, 58). Efectivamente, a pesar de la exhortación del testamento de Isabel de Castilla, la política colonial castellana se dirigió hacia América y se olvidó del norte de África hasta finales del siglo XIX, momento en que se recupera ese texto como acicate para defender el expansionismo español al sur de Gibraltar. Gardoqui es consciente de que no basta con agitar un fantasma del pasado para enardecer a las masas y de ahí su interés por la literatura colonial.

Finalmente, comenta con cierta envidia la situación en Francia, país que «ha sabido cultivar el género colonial literario acaso como ningún otro país. Legión de escritores se ocupa desde hace muchos años de sus colonias. Relatos novelescos, narraciones de viajes, exposiciones, artículos periodísticos, todo contribuye a la propaganda colonial, manteniendo en el país el interés por estas empresas» (Gardoqui 1925, 61), aunque se consuela pensando que «no faltan, afortunadamente, en nuestro país escritores que sigan su ejemplo», periodistas que «hacer vibrar el alma de España con los relatos de los hechos de nuestros héroes» y militares como Francisco Franco, «el joven y valeroso jefe», autor del *Diario de una bandera* y director de la *Revista de tropas coloniales*, o el general Dámaso Berenguer, autor de «un curioso y documentado libro sobre la guerra de África», entre otros.

Su concepción de la literatura colonial es, pues, didáctica, y, sobre todo, propagandista y militarista. Aunque en ningún momento lo afirme expresamente, el objetivo de la misma ha de ser dar a conocer la acción castrense en las colonias entre la población civil:

El premio de tanta obra viril será, sin duda, inmenso, y para nosotros, militares, constituirá un timbre de gloria poder decir algún día a la Patria: la misión que nos confiaste era penosa y dura, ha costado ríos de sangre, montones de oro, pero no importa, está realizada; dile al mundo que podíamos cumplirla y la hemos cumplido (Gardoqui 1925, 63).

Un año más tarde publicó un resumen de la conferencia en la revista militar *La guerra y su preparación*, una revista técnica publicada por el estado mayor central del ejército a partir de mayo de 1916 como respuesta al interés profesional y formativo que suscitaba en la alta oficialidad del ejército español el conocimiento de los medios, tácticas y acciones bélicas que se estaban desarrollando durante la I Guerra Mundial. No volvería a escribir sobre literatura colonial.

En 1928 publicó otro libro, *El sentimiento del amor en nuestros clásicos*, que recoge una conferencia pronunciada en el Ateneo guipuzcoano de San Sebastián el 21 de enero y en el de Burgos el 22 de febrero de aquel mismo

año. Cuatro reflexiones sobre Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Lope de Vega y Miguel de Cervantes, que no parece que tuvieran demasiado éxito. *La gaceta literaria* indica que

Gardoqui, con una gran cantidad de buena intención, con una buena cordialidad, quiere mostrar los cuatro amores en abanico un poco simbólico. Buena labor divulgadora; también esto es necesario. Pero con la amena vista de observador, con la sencillez –caro vicio– que tan bien maneja Gardoqui, debe preparar trabajos más serios (*Postales ibéricas* 1928).

Aunque en la contraportada del libro se habla de un texto en preparación, *Cenizas sobre la hoguera*, parece que su última publicación fue un artículo en 1930 para la revista *La guerra y su preparación* sobre la misión y funciones del estado mayor en campaña, que los militares de la época no tenían muy claras, puesto que, a tenor del artículo, consideraban que interfería en su acción y no les dejaba luchar con libertad. Se trata de un texto técnico, destinado a un público especializado, con el que comparte ideología, y en el que el autor pretende demostrar que es algo más que un militar de despacho. Después llegarían los nombramientos políticos como gobernador civil de Córdoba, como director general de seguridad y la guerra civil.

#### OTRAS VISIONES DE LA LITERATURA COLONIAL

Los militares africanistas tenían clara cuál debía ser la función de la literatura colonial y en las páginas de la *Revista de tropas coloniales*, dirigida primero por Gonzalo Queipo de Llano y después por Francisco Franco, van apareciendo comentarios al respecto:

¡Cuánto no hubiéramos ganado los españoles en el ánimo de los moros, de la opinión internacional y aun de la riquísima opinión pública nuestra, si nuestros intelectuales hubieran producido algo científico y original sobre el Norte de Marruecos! (Ruiz Albéniz, 1924).

A la acción de España en Marruecos convendría un baño de literatura. La guerra del 60 la ganaron Prim y O'Donnell en estos campos africanos, pero en las ciudades de España la ganó Pedro Antonio de Alarcón. ¿Por qué no buscan nuestros generales una colaboración literaria? ¿Por qué no la llaman mediante la impersonal citación de un concurso a la francesa? (J. O. C., 1925).

No eran los únicos que pedían la creación de un concurso de literatura colonial, también la *Revista hispano-africana*, editada por la Liga africanista española, pedía que, como se hacía en Portugal, Francia, Bélgica, Holanda o incluso en Alemania o Italia, países «sin el abolengo colonial» español, hubiera certámenes que dieran a conocer la empresa colonial entre la población, pues «en los días que corren, tan indispensable como la primera materia de cualquier

industria es la publicidad, que da a conocer y estimar el producto» (E.D. 1926). En cualquier caso, desde otros ámbitos también se pedía una mayor expansión de la literatura colonial en España. El galleguismo conservador la pidió desde la prensa, pero con matices diferentes, claro está.

Por un lado, en la línea del francés Pierre Mille, en las páginas de *El pueblo gallego*, Ramón Otero Pedraio defendió el carácter «moderno» de la obra de André Gide sobre el Congo o *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad y afirmó que, en cambio, «van diante os eisprodradores, os geografos, os naturalistas, apanan caucho os traficantes, na selva mesta estrondan bruidos industriales. Mais o xéneo priguizoso da xente de letras demórase para coller o tema lonxano». Para el escritor, como para Mille, «pouco importa a literatura, toneladas de literatura, colonial o turística con cabaret de congoleses, casco pra a sol e un ruxido de lión no lusco-fusco» y considera que, a diferencia del esquimal, el polinesio o el piel roja, que pueden penetrar en el estilo europeo, «o african non pode apesares de destemidos esforcos como non sexa o pseudo-african colonial» (Otero Pedraio 1933). Una visión pesimista, pues, de la literatura colonial, donde parece que prima la imposibilidad de representar al Otro.

Diferente es la concepción del argentino afincado en España Valentín de Pedro. En 1928, se sorprende desde las páginas de *El pueblo gallego* de que, «en las letras españolas, no nos encontremos con una copiosa literatura colonial. Tantos viajes, tan extraordinarios descubrimientos, tan fabulosas aventuras, una vida tan intensa y tan prodigiosa do [sic] fronteras para afuera, ha carecido de noveladores y poetas». Mientras que el gran poema de Portugal, *Os Lusíadas*, es una epopeya viajera, el libro representativo de Castilla, el *Quijote*, es «un libro muy de tierra adentro», «una amarga diatriba contra la aventura» (Pedro 1926).

Sin embargo, le parece que «la inapetencia de los grandes ingenios por los horizontes desconocidos» es inversamente proporcional a «la apatencia de las gentes anónimas por una vida nueva, por la conquista de un nuevo paisaje, espiritual y material» (Pedro 1926). Para sacar a Castilla de ese aislamiento, para afianzar la comunicación entre la península y América Latina y para defender «la unidad de la raza» cita, curiosamente, el *Himne ibèric* de Joan Maragall:

Sola, sola enmig dels camps,  
terra endins, ampla és Castella.  
I està trista, que sols ella  
no pot veure els mars llunyans.  
Parleu-li del mar, germans! (Pedro 1926).

Por eso Pedro se alegra de que no solo haya corresponsales de la prensa hispanoamericana en España sino de que, por fin, un periódico madrileño se haya decidido a enviar a un cronista a Hispanoamérica<sup>2</sup>, un poeta al que le dirá:

<sup>2</sup> Se trataba de Federico García Sanchiz.

«Todas tus fuerzas las empleaste en la acción –¡y qué acción!– y no quedaba a tus hombres espacio para las palabras. Escucha, escucha a todos los que te hablamos del mar y mira hacia aquí...» (Pedro 1926). Para De Pedro, la literatura colonial está claramente ligada a Hispanoamérica y a la diversidad cultural de la lengua española. Vemos, pues, una concepción diferente de la misma.

#### MARRUECOS Y GUINEA, REALIDADES DIFERENTES

Dos grupos de presión, militares colonialistas y civiles africanistas, estaban unidos por un objetivo único y generaban un discurso que bebía del pasado musulmán de la península y lo reciclaba para justificarse, tanto ante la opinión pública peninsular como ante los colonizados:

Debemos seguir el ejemplo de Francia e Inglaterra, cuya pericia en tales negocios [la colonización del norte de África] está acreditada, y añadir a la fórmula algo que es exclusiva y preciosamente nuestro, la gloriosa levadura de la tradición árabe andaluza. [...] Cuando los escritores españoles se apliquen a las cuestiones marroquíes, y abunden publicaciones sobre tales temas y el público se familiarice con ellas, y cuando recíprocamente los indígenas de estas tierras aprendan algo de las generosidades de España, la conozcan mejor y sepan que en el suelo peninsular están las más preciadas reliquias de su historia, nuestro problema de Marruecos no existirá; se habrá convertido en una obra de colaboración y de progreso (J. O. C., 1925).

Este discurso colonialista tenía un problema grave: servía para camuflar el expansionismo militarista en el norte de África, territorio musulmán y muy ligado históricamente a la península ibérica, pero no cuadraba para nada con el colonialismo comercial que se pretendía llevar a cabo en el golfo de Guinea, donde ni las condiciones del colonizado ni las del colonizador coincidían en absoluto con las de Marruecos. En aquel contexto, ¿qué papel debía tener la literatura colonial en la colonización –si es que debía tener alguno en absoluto– y cómo entendían el concepto de literatura colonial los implicados en la colonización subsahariana?

Un ejemplo ayudará a entender mejor la dificultad del tema. En 1924, *La Guinea española*, el periódico de los misioneros claretianos publicado en Santa Isabel de Fernando Poo saludaba la publicación del *Manual del agricultor*, obra de Joaquín Rodríguez Barrera, «reputado propietario de la hacienda Montserrat de Rebola» y defendía una producción literaria «que sea para los venideros una enseñanza y un estímulo. Si por aquí encauzáramos las energías de nuestras facultades, no habría tantos espíritus frívolos que no dan a su inteligencia y corazón otro manjar que el de novelas sin lastre, creadoras de almas huérfanas y sin pulso moral cuando no podridas: lo otro crearía caracteres verdaderos y sabios y una literatura colonial nuestra» (*Una nueva obra* 1924).

Es evidente que para los Hijos del corazón de María, dedicados en Guinea no solo a la salvación de las almas sino a la explotación económica de la colonia,

la literatura colonial tenía que ser una literatura práctica, compuesta por manuales agrícolas y otras obras destinadas a mejorar la economía de la colonia y a formar al «elemento joven que, en número muy crecido, vemos llegar a nuestra colonia y a los pocos momentos ponerse al frente de plantaciones importantes sin la instrucción agraria de los profesionales del campo y careciendo de la autoridad doctrinal en la materia que solo dan los años de experiencia bien aprovechados» (*Una nueva obra* 1924). Por supuesto, para ellos quedaban fuera de tal concepto las obras de ficción, completamente inútiles e incluso dañinas. Rodríguez Barrera, persona importante en la colonia puesto que fue presidente de la Unión de Agricultores de la Guinea Española y en 1955 recibió la encomienda con placa de la Orden de África<sup>3</sup>, siguió sus consejos y, después de este primer manual dedicado al cultivo del cacao en Fernando Poo (reimpreso en 1931), publicó tres más bajo la cabecera *Manual del agricultor en Fernando Poo* (uno sobre el cafeto en 1928, otro sobre el banano en 1928 y otro más en 1931, titulado *Viaje, vida y costumbres en Fernando Poo*).

Esta cuarta entrega del *Manual del agricultor*, que lleva por título *Mobbe. Un negro de Fernando Poo*, es la narración del viaje ficticio de Tomás Mobbe, un bubi de la isla de Fernando Poo, que vuelve a su tierra tras haber estudiado magisterio en España. Este personaje le sirve al narrador para ir repasando algunos tópicos del discurso colonial y algunas imágenes que suelen aparecer en los textos sobre la Guinea española<sup>4</sup>: el viaje en barco desde Barcelona, el paso por Sierra Leona o Liberia, la llegada al muelle de Santa Isabel, la visita a Rebola y al interior de la isla, además de otras peripecias que el narrador utiliza para describir la historia de la isla, los posibles cultivos que se pueden desarrollar allí (cacao, cafeto, kola, vainilla y tabaco), el matrimonio tradicional de los habitantes locales, los beneficios de la medicina europea frente a la «brujería» africana, el matrimonio católico del protagonista con la bella Minna, bautizada como María de la Asunción tras enviudar de su marido bubi, y el viaje de la feliz pareja a Barcelona «con el propósito de ponerse a los pies de la Virgen Negra que se venera en Montserrat como Reina de Cataluña» (Rodríguez Barrera 1931, 181). El libro se cierra con un epílogo del autor titulado «El porvenir de la isla» (185-189), que enlaza con el propósito expuesto en el prólogo:

Si la lectura de cuanto exponemos, ajustándonos siempre a la veracidad más estricta [sic], sirve para dar al futuro colono aquel caudal de conocimientos imprescindibles para que, al encontrarse ante la realidad de una explotación agrícola de Fernando Poo, no se sienta extraño a la misma y sepa amoldarse fácilmente a sus exigencias por conocerlas de antemano, nos daremos por muy satisfechos con la presente publicación (Rodríguez Barrera 1931, 8).

<sup>3</sup> BOE 18 de julio de 1955.

<sup>4</sup> Como no había más medio de transporte que el barco, las narraciones de viajes que empiezan en la Península describen prácticamente el mismo paisaje, desde finales del siglo XIX (*cf.* Tofiño 2022).

Nos encontramos, pues, ante una obra curiosa, que aprovecha la ficción para su propósito didáctico, como si de una fábula se tratara. Resulta extraño que los editores de *La Guinea española* no tuvieran a bien publicar una reseña de la misma en su periódico, aunque viendo la portada que eligió el editor quizás no sorprenda tanto.

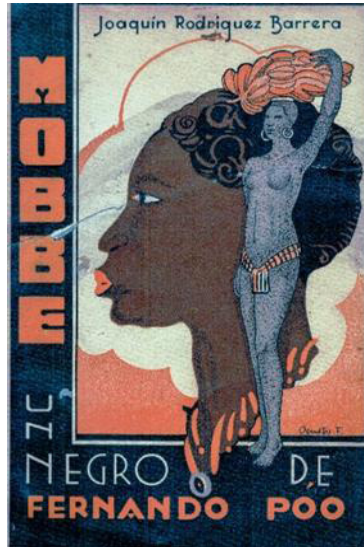


ILUSTRACIÓN 1. Portada de *Mobbe. Un negro de Fernando Poo* (1931). Colección del autor.

La sicalíptica imagen muestra en segundo plano al protagonista con rasgos muy estilizados, prácticamente femeninos, mientras que en primer plano aparece una mujer semidesnuda, con una pequeña tela que le cubre el sexo, grandes aros en las orejas y un racimo de plátanos en la cabeza. Hay, pues, una gran discrepancia entre el texto de la obra, de carácter claramente didáctico, inscrito dentro de un discurso católico de estricta observancia, y la imagen que le sirve de presentación. *Mobbe*, el protagonista, es un africano aculturado, que rechaza «los inconvenientes y trastornos que produce con frecuencia la mezcla de las razas blancas y negra hija de un impulso sexual irreflexivo con grave detrimento de la pureza y perfección que debe existir siempre en la obra de la naturaleza» y elige una mujer negra preparada «para recibir todas las enseñanzas que debía infundirle el compañero de su vida, para elevarla de un estado de ignorancia al nivel que deseara su cónyuge» (Rodríguez Barrera 1931, 151-152). En este sentido, recuerda a los esclavos negros de los entremeses del Siglo de Oro, que debían solicitar permiso a sus amos para contraer matrimonio canónico y que, en muchas ocasiones, una vez casados veían como se les prohibía la cohabitación o se les separaba. El poder biopolítico del blanco marcaba el destino de las vidas de los colonizados (Martín Casares 2010).

En la portada, sin embargo, se prima la imagen de la «venus negra», claramente destinada a llamar la atención del lector europeo, ese ego violento y guerrero moderno, un «ego fálico» que define a la mujer colonizada como un objeto pasivo delimitado en cuanto no-yo: no-falo o castrada. A la mujer le queda la posición de dominada y reducida al no-ser en o ante la totalidad-masculina (Dussel 1994, 50). En este caso, se trata de una dominación mediada: la mujer es dominada por el africano aculturado, que a su vez está dominado por la ideología del blanco, que ejerce su poder sobre ambos sin caer en el riesgo del mestizaje. Aunque en la España del Siglo de Oro la negritud femenina no se asociaba a la hermosura (Martín Casares 2010, 181), ya se había desarrollado una imagen hipersexualizada de la mujer negra que perdurará en el tiempo y esta no será la única portada de literatura colonial de la época que utilice el cuerpo de la mujer africana como imagen comercial.

## CONCLUSIONES

El concepto de «literatura colonial» tuvo en la España de principios de la primera mitad del siglo XX multitud de acepciones, que variaban en función del uso que se le pretendía dar. Para intelectuales como Ricardo Becerro de Bengoa, incluía las literaturas procedentes de las antiguas colonias europeas, que empezaban a darse a conocer en Europa y podían llegar a suplantar a las capitales europeas como centros de irradiación cultural. Para militares africanistas como Gardoqui o Franco, era una perfecta herramienta de propaganda y de difusión del expansionismo colonial de las tropas españolas en el norte de África. Para el galleguismo conservador, en la línea del pensamiento de algunos teóricos franceses, lo que la literatura colonial debía hacer era reflejar la vida africana huyendo de los estereotipos de palmeras y leones de cartón piedra. Finalmente, para los misioneros y colonos residentes en los territorios españoles del golfo de Guinea, podía resultar una perfecta herramienta didáctica para la formación de aquellos que pensaran en ir a trabajar allí.

Cada cual utilizó el concepto a su manera y lo defendió desde su posición, para favorecer sus intereses, intelectuales, militares o comerciales, sin que hubiera nunca un consenso claro. Tampoco hubo un organismo oficial que organizara concursos de literatura colonial, como en Portugal o Italia, y se viera, por tanto, obligado a definirla de alguna forma. La realidad de la producción literaria sobre las colonias superó con creces los límites teóricos y podemos encontrar textos en la Península o en las colonias que van mucho más allá de estas funciones prácticas en los que algunos quisieron encorsetarla. Sin embargo, sigue pendiente una revisión teórica de los mismos, para intentar, si es posible, llegar a una definición del concepto de «literatura colonial española». Este artículo ha presentado las reflexiones que se hicieron sobre el parti-

cular a principios del siglo XX, un primer paso para construir esa definición teórica.

#### CRONOLOGÍA DE JOSÉ DE GARDOQUI URDANIBIA

- 1891 Nace el 12 de octubre.  
Estudios en el colegio de san José de Valladolid.
- 1907 Plaza en la academia de caballería.
- 1910 Destinado al regimiento de lanceros de Borbón.  
Incorporado a la escuela de equitación como segundo teniente del regimiento de Farnesio.
- 1912 Excedente en la primera región por haber sido nombrado alumno de la Escuela superior de guerra.
- 1913 Ascende a primer teniente de caballería.
- 1916 Destinado al regimiento de infantería León número 38.
- 1917 Casa el 6 de octubre con María Topete y Hernández en la iglesia de la Concepción, la parroquia más importante del madrileño barrio de Salamanca. Entre los testigos por parte del novio, dos condes.
- 1916 Prácticas en la comisión geográfica del norte de España.
- 1917 Prácticas en el regimiento de lanceros de la reina.  
Graduado de la escuela superior de guerra.  
Capitán de estado mayor, destinado a la capitanía general de la 6.<sup>a</sup> región.  
Primer teniente de caballería.
- 1918 Audiencia militar con el rey.
- 1920 Ascenso a comandante, ayudante de campo del general de brigada Félix Ardanaz Crespo.
- 1921 Jefe de estado mayor de la primera brigada de la 14 división.
- 1922 Cesa como ayudante del general Félix Ardanaz.  
Ayudante de campo del comandante general de Ceuta, José Clar Pujol, quien sería destinado después a Mallorca y expulsado del ejército tras la guerra civil por no haberse unido a los sublevados en 1936.
- 1924 Conferencia en el Círculo militar, *La literatura, factor necesario para el triunfo en las guerras modernas*, posteriormente editada en forma de libro
- 1926 Publica un artículo sobre el vuelo España-Argentina del general Kindelán  
Destinado a la 6.<sup>a</sup> región tras la supresión de las brigadas de artillería.



- 1927 Publicación de su libro *El sentimiento del amor en nuestros clásicos*.
- 1928 General, jefe de la sección de artillería del ministerio de la guerra. Placa de la Real academia hispano-americana de ciencias y artes de Cádiz.
- 1930 Audiencia con el rey.
- 1931 Disponible forzoso en la capitanía general de la 6.<sup>a</sup> región militar. Retirado del arma de estado mayor.
- 1932 Letrado ante el Tribunal Supremo.
- 1933 Conferencia en la Sociedad Económica Matritense sobre la legislación civil de la República en materia de matrimonio.
- 1934 Secretario general de la Unión Nacional de abogados. Gobernador civil de Córdoba (30 de mayo).
- 1935 Caballero de la Legión de honor francesa. Director general de seguridad (6 de noviembre - 19 de diciembre). Delegado del estado en la compañía Transatlántica (24 de diciembre).
- 1936 Conferencia, «Un mes de mando en una provincia andaluza» (enero)  
Detenido en septiembre por la brigada de Agapito García Atadell, jefe de una de las milicias populares de investigación. La prensa indica que «practicado un registro en su domicilio, Lagasca, 26 [en pleno barrio de Salamanca], se encontraron escritos de propaganda contraria al régimen republicano».  
Asesinado durante las matanzas de Paracuellos del Jarama (noviembre-diciembre).

## FUENTES

- Becerro de Bengoa, Ricardo. 1901. «Narraciones cosmopolitas. Futuros centros hipotéticos de la producción literaria europea». *La ilustración española y americana* XLV, 28: 46.
- Cario, Louis y Charles Régismanset. 1911. *L'Éxotisme. La littérature coloniale*. París: Mercure de France.
- Cours de tactique. Tome 2 / Ministère de la guerre, Ecoles militaires*. 1921-1922. París: Imprimerie nationale.
- E. D. 1926. «Un concurso de literatura colonial». *Revista hispano-africana* II, 13: 9.
- Gardoqui, José de. 1922. *La espada rota. Impresiones de campaña: Marruecos 1921-1922*. Publicado bajo el seudónimo X. Y. Burgos: Imprenta de Rafael Y. de Aldecoa.
- Gardoqui, José de. 1924. *La literatura, factor necesario para el triunfo en las guerras modernas*. Burgos: Imprenta de Rafael Y. de Aldecoa.
- Gardoqui, José de. 1925. *Literatura colonial*. Burgos: Imprenta de Rafael Y. de Aldecoa.
- Gardoqui, José de. 1926. «Literatura colonial. Apuntes para una conferencia». *La guerra y su preparación* XX, 4: 349-362.

- Gardoqui, José de. 1928. *El sentimiento del amor en nuestros clásicos*. Burgos: Imprenta Aldecoa.
- Gardoqui, José de. 1930. «Misión y funciones del Estado Mayor en campaña». *La guerra y su preparación* XXVIII, 1: 14-29.
- Gardoqui, José de. 1935. «Necesidades más urgentes de la provincia de Córdoba». *ABC*, 31 de julio: 28.
- J. O. C. 1925. «Usos de Francia». *Revista de tropas coloniales* II, 1: 26.
- Lebel, Roland. 1931. *Histoire de la littérature coloniale en France*. París: Librairie Larose.
- Leblond, Marius-Ary. 1926. *Après l'exotisme de Loti, le roman colonial*. París: V. Rasmus-sen.
- Leblond, Marius-Ary. s.d. *Anthologie coloniale, morceaux choisis des écrivains français*. París: Larousse.
- Leblond, Marius-Ary y John Charpentier. s.d. *L'Alsace et la Lorraine, glorifiées par nos écrivains et nos artistes. Morceaux choisis et annotés par Marius-Ary Leblond et John Charpentier*. París: Librairie Larousse.
- Mille, Pierre. 1909. «Littérature coloniale». *Le Temps* 19 de agosto: 2.
- Otero Pedraio, Ramón. 1933. «África na cibda das letras». *El pueblo gallego* 7 de diciembre: 1.
- Pedro, Valentín de. 1926. «Hablémosle del mar». *El pueblo gallego* 11 de abril: 1.
- Pujarniscle, Eugène. 1931. *Philoxène ou de la littérature coloniale*. París: Firmin-Didot et Cie.
- Rodríguez Barrera, Joaquín. *Mobbe*. 1931. *Un negro de Fernando Poo*. Barcelona: Vila, Aleu y Domingo.
- Ruiz Albéniz, Víctor. 1924. «Leyendo periódicos». *Revista de tropas coloniales* I, 6: 32.
- Segalen, Victor. 1978. *Essai sur l'exotisme*. París: Fata Morgana.
- «Una nueva obra». 1924. *La Guinea Española* 563: 15.

## BIBLIOGRAFÍA

- Dussel, Enrique. 1994. *1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz: Plural editores.
- Kohut, Karl. 2004. «Literatura y cultura coloniales: cuestiones teóricas y Nueva España». *Iberoamericana* IV, 14: 189-210.
- Martín Casares, Aurelia. 2010. «Comba y Dominga: la imagen sexualizada de las negroafricanas en la literatura de cordel de la España moderna». *La esclavitud negroafricana en la historia de España. Siglos XVI y XVII*, editado por Aurelia Martín Casares y Margarita García Barranco, 173-188. Granada: Comares.
- Oviedo, José Miguel. 1995. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid: Alianza.
- Schlick, Yaël. 1997. «The 'French Kipling': Pierre Mille's Popular Colonial Fiction». *Comparative Literature Studies* 34 (3): 226-241.
- Tofiño, Iñaki. 2022. *Guinea. El delirio colonial de España*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

Fecha de recepción: 8 de octubre de 2019.

Fecha de aceptación: 13 de abril de 2020.